

CONFRONTACION ENTRE SANDINISMO E IGLESIA EN NICARAGUA

Desde hace algunos años el sandinismo y la Iglesia de Nicaragua, sobre todo la que se aglutina alrededor de Mons. Obando han entrado en frecuentes conflictos. Hechos políticos como el anuncio de elecciones y de la ley del servicio militar, la limitación de libertades civiles, la política educativa; hechos religiosos como las homilias del arzobispo, las misas y procesiones, la visita de Juan Pablo II y hasta supuestas apariciones de la Virgen se convierten casi automáticamente en motivos de confrontación y, lo que es más grave, casi nada importante ocurre ya en el país que no lo sea. El último acontecimiento es la acusación de contrarrevolucionario al P. Peña por parte del gobierno, lo cual llevó a la manifestación de protesta de unos 30 sacerdotes dirigida por Mons. Obando y a la expulsión de 10 sacerdotes extranjeros por parte del gobierno. Esta confrontación simbolizada ahora en la expulsión de los 10 sacerdotes, sólo males puede generar para el sandinismo, para la Iglesia y para el pueblo de Nicaragua y genera bienes sólo para la política norteamericana hacia Nicaragua.

La expulsión de los 10 sacerdotes es un error y un mal para los sandinistas. Es un grave error político como lo muestran las rápidas y masivas reacciones de numerosas conferencias episcopales y de Juan Pablo II, pero también de gobiernos como el español que protestó por la expulsión de 4 súbditos suyos. Hasta Carlos Andrés Pérez lo ha calificado de "torpeza increíble." También entre la población nicaragüense, incluso en la que no es contrarrevolucionaria, habrá causado confusión y descontento. Pero este error produce un grave mal al sandinismo no sólo por

las reacciones contrarias sino porque muestra incapacidad para manejar serenamente este tipo de crisis, muestra intransigencia y hasta revanchismo, muestra un ambiente de excesivo control de seguridad —a varios sacerdotes no se les expulsó por su participación en la manifestación, sino por el conocimiento previo de sus simpatías políticas, de lo que han dicho en homilias etc— y una precipitada apelación a ser contrarrevolucionarios, agentes o simpatizantes de la CIA etc. Todo esto causa una mala imagen, pero muestra también puntos débiles del sandinismo.

Pero tampoco se puede ignorar la otra cara de la confrontación. El sandinismo ha hecho frecuentes declaraciones en defensa de la religión del pueblo nicaragüense y sus hechos son, sin lugar a duda, muchísimo más positivos y benévolos hacia la religión que en otras revoluciones —y que en otros países centroamericanos. El sandinismo sabe también que el conflicto religioso es una de las armas más poderosas de sus enemigos políticos y ha intentado suavizarlo y dialogar con las autoridades eclesiásticas. Si se ha llegado a tal grado de confrontación es entonces porque la Iglesia, sobre todo su jerarquía y en especial la de Managua, ha puesto también su parte, que es considerada ya por el sandinismo como provocación intolerable. Esto explica, desde el sandinismo, la sobre-reacción en este último caso.

Ya hemos criticado esta sobre-reacción, pero hay que ver sus otras causas. La jerarquía de la Iglesia repite que su actuación no es política, sino evangélica; no es partidista, sino parcial, sólo hacia los pobres. Sin embargo, un honrado análisis de sus actuaciones y manifestaciones no

sustentan esa conclusión. La Iglesia de Nicaragua está actuando políticamente y de hecho se ha convertido en enemigo principal del régimen, aunque varias de sus críticas al sandinismo sean correctas. En su conjunto, la jerarquía de la Iglesia parece actuar según dos principios que son más políticos que evangélicos.

El primer principio es no decir o hacer nada que pudiera interpretarse a favor del sandinismo, aunque para ello tenga que dejar de decir y hacer muchas cosas exigidas por el evangelio. Esto explica los silencios sobre los logros del sandinismo, sea cuales fueren, y la falta de interés en intentar al menos comprender algunas de las medidas sandinistas. Más escandalosos son los silencios sobre la guerra desatada por los contrarrevolucionarios y la administración norteamericana, los bombardeos y minados de puertos, el boicot económico, etc. Incomprensible de todo punto es negarse a celebrar misas por los caídos —sean del lado que fueren— y, por supuesto, de los caídos sandinistas. Silencio también ante la manipulación religiosa que la contrarrevolución hace de los símbolos religiosos, visita del Papa, retratos del Papa, etc., mientras condena la manipulación que de la religión hace el sandinismo. Las negativas de Mons. Obando hace algunos meses a comentar sobre la guerra y los bombardeos aduciendo desconocimiento o poca confiabilidad de las fuentes informativas son ciertamente incomprensibles. Todo ello hace que la Iglesia sea vista, de hecho, como fuerza política y como fuerza política grandemente adversa; y, ahora desde un punto de vista evangélico, que su actuación no sea vista como profética, aunque acierte en varias de sus críticas, sino política; no como fuerza parcial hacia los pobres, sino interesada. Y esta actuación objetiva de la Iglesia no deja de producir esa imagen y de ser objetivamente así por muchas manifestaciones en contrario.

El segundo principio de actuación, ahora intraeclesialmente, es condenar a los cristianos, sacerdotes y religiosas que de una y otra forma simpatizan con la revolución o defienden lo que encuentran de bueno en ella o la consideran todavía como mejor para Nicaragua que su contrario o simplemente no la atacan tan decididamente. En este asunto, la intransigencia ha llegado a límites dramáticos y el diálogo pedido numerosas veces por este tipo de cristianos se ha hecho imposible. Esto supone una crisis intraeclesial muy fuerte, pero también un hecho

político, pues en último término a esos cristianos se les condena y se les niega el diálogo no por ser cristianos de avanzada o progresistas, sino por considerarlos sandinistas.

Así las cosas, si no se cambia de parte y parte, el conflicto es inevitable; seguirá la cadena de ataques y contraataques a la cual no se le ve fin. Como decíamos al principio, esto sólo lleva males consigo. Es un mal para el sandinismo, pues le supone pérdida creciente de imagen democrática y ganancia para la contrarrevolución. Es un mal para la Iglesia, pues le supone pérdida de sacerdotes y, para quien lo mira con honradez, pérdida también de credibilidad evangélica. Es un mal sobre todo para las mayorías nicaragüenses, pues el conflicto puede forzar a muchos a elegir entre dos cosas fundamentales y buenas: liberación y religión, nueva sociedad e Iglesia. Quien sale ganando es la política de la administración Reagan, a la cual no le afecta ninguno de los males y sólo bienes le genera. Mientras esa política pueda mostrar que la Iglesia está en contra del sandinismo y el sandinismo en contra de la Iglesia, sus planes recibirán una aceptación cada vez mayor. Aunque sea triste reconocerlo, esta confrontación ayuda más a Reagan que al análisis objetivo de la realidad nicaragüense. Por ello, también intenta interpretar cualquier acontecimiento como confrontación entre sandinismo e Iglesia, como lo ha hecho recientemente la Voz de América al anunciar que el nuevo ministro de educación es el sacerdote y jesuita P. Fernando Cardenal. Para nada se pregunta si el nuevo ministro supone un bien para la fe y para la Iglesia, teniendo en cuenta sobre todo otras candidaturas.

No se ve fácil qué se pueda hacer en esta situación, la cual se va endureciendo de parte y parte; y de parte eclesial ha ido endureciéndose desde la visita de Juan Pablo II, interpretada eficazmente como respaldo a Mons. Obando. No es éste el lugar para decir qué deba hacer el sandinismo, pero sí lo que parece que debiera hacer la Iglesia.

En primer lugar, la Iglesia universal y las Iglesias latinoamericanas tienen una grave responsabilidad. La rápida, clara y masiva respuesta de muchas conferencias episcopales en solidaridad con Mons. Obando es comprensible, pero no debiera hacerse para introducirse en el conflicto desde una de las partes sin un mínimo juicio sobre la globalidad del problema y de la responsabilidad también eclesial. Además, no

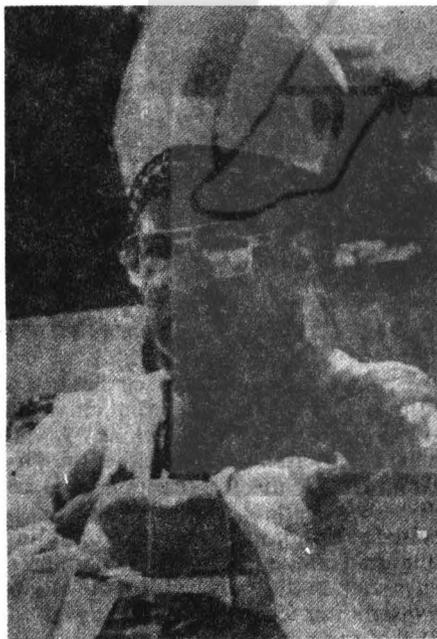
deja de hacer reflexionar que esta reacción ha sido mucho más contundente que la reacción ante la expulsión, encarcelamiento, tortura y asesinado de muchos sacerdotes y religiosas en El Salvador y Guatemala; recordatorio que hizo Mons. Rivera en su homilía del 15 de julio al hablar de la persecución a la Iglesia de Nicaragua. La Iglesia universal debe evitar dar la sensación de que se siente responsable o más responsable cuando el hostigamiento a la Iglesia se hace en países "marxistas" que en los otros, pues con ello el hecho mismo de actuar es político también. Positivamente, la Iglesia universal y en este caso sobre todo el Vaticano, aunque estas cosas por su naturaleza la Iglesia no las haga de manera pública, debiera colaborar en analizar la parte de responsabilidad de la Iglesia en la confrontación y tomar las medidas oportunas.

Para la Iglesia nicaragüense es urgente la despolitización de todos sus sectores, en el sentido de no ligarse tan directamente a los diversos grupos políticos, precisamente para poder ser más eficaces 'políticamente' desde la identidad evangélica. Aunque creemos que hay mayor libertad en muchos cristianos sandinistas para juzgar el sandinismo que en los otros hacia la contrarrevolución. Los cristianos son no sólo colaboradores, sino justificadores ideológicos de las diversas posturas políticas. Para ello no hace falta más que leer los periódicos *Barricada*,

Nuevo Diario y *La Prensa*. El insistir en la opción evangélica por los pobres, el hacer pasar a primer plano sus sufrimientos y esperanzas, el pensar y actuar desde la realidad y no en primer término desde una ideologización política de la realidad, por muy correcta que se la estime, es una urgencia para la Iglesia y una ayuda, aunque débil, a que otros, todos los que están involucrados e interesados en Nicaragua, adopten la misma postura.

En un conflicto de este calibre es frecuente que se vean más los errores ajenos que los propios y que a la hora de dar un paso positivo, éste se exija antes del adversario. Pero hablando cristianamente, a la Iglesia le toca, por su naturaleza, el comenzar con el análisis del propio pecado y de la propia conversión; y dentro de la Iglesia le toca a la jerarquía dar ejemplo de ello. Recordar cosas tan obvias es importante para que disminuya el conflicto y los males que trae; pero además, sea cual fuere el resultado de esta nueva actitud, para que la Iglesia mantenga su esencia evangélica, no degenera en una fuerza política más y dentro de ella, la jerarquía no se reduzca a la pura autoridad.

En este contexto dos cosas parecen urgentes para la Iglesia. La primera es el diálogo al interior de la Iglesia. Con bastante razón se quejan grupos de cristianos de que la jerarquía pide un diálogo político como solución para el país, pero



no emprende el diálogo intraeclesial. De nuevo aquí las acusaciones son mutuas, pero realmente parece que más interés y disponibilidad al diálogo han mostrado los cristianos atacados por Mons. Obando que la jerarquía. Este diálogo interno, por difícil que sea, se debe intentar por los beneficios para la propia Iglesia y para mostrar también la posibilidad de diálogo en el país entre todos aquellos que, aunque con diversas visiones políticas, han hecho realmente una opción por el pueblo pobre de Nicaragua.

La segunda cosa importante es tener bien presente lo que está en juego en esta confrontación. La Iglesia nicaragüense vive de hecho en un país en donde ha habido una revolución. Un alto dirigente sandinista acaba de decir que si la revolución hubiese triunfado en los años cincuenta o sesenta la situación de la Iglesia sería ahora como la de Cuba. Pero el mismo dirigente reconoció —y personalmente lo hacía con alegría— que esto ocurrió en 1979, pues lo religioso y lo revolucionario no se presentaron como antagónicos, sino como unificados y complementarios en favor del pueblo. Esto significa que sigue habiendo una posibilidad histórica de que una revolución respete e integre lo religioso y que la Iglesia pueda vivir, convivir y potenciar una revolución. Que la revolución nicaragüense tiene limitaciones y comete errores es claro. Pero la Iglesia no debe reducirse a juzgarlos individualmente, sino que debe aceptar también la responsabilidad histórica

que le ha sobrevenido. En buena parte depende de la Iglesia que este gran quiebre histórico de la revolución redunde en verdadero bien del pueblo. Para ello debe preguntarse con honradez ante Dios si estas revoluciones, con limitaciones, errores y pecados, no son también un signo de los tiempos; y según eso actuar no sólo crítica, sino también positivamente para que las revoluciones acaecidas den más de sí. La profecía evangélica no se hace ya innecesaria, pero tampoco se convierte en pura política.

Este enfoque teologal del problema, preguntarse honradamente qué quiere Dios para Nicaragua, qué está diciendo Dios también a través de la revolución nicaragüense sigue siendo el problema fundamental para la Iglesia. Pero si esta motivación no bastara, recuérdese lo que la historia enseña abundantemente. Apostar en contra de lo nuevo —léase revoluciones científicas, políticas y sociales— por mantener lo antiguo tiene sus riesgos, aunque se gane a la corta. Pero aun en ese caso, y mucho más si se pierde, la misma Iglesia va perdiendo en su libertad y capacidad de acción y sobre todo en su significado. Y con la Iglesia, pierde la religión y la fe. Estas reflexiones al menos debieran mover a no tomar tan a la ligera los problemas de Nicaragua, como si la Iglesia hubiera encontrado una postura adecuada en contexto tan complejo.

H. O.